

Su profesión era la muerte

Sealtiel Alatríste

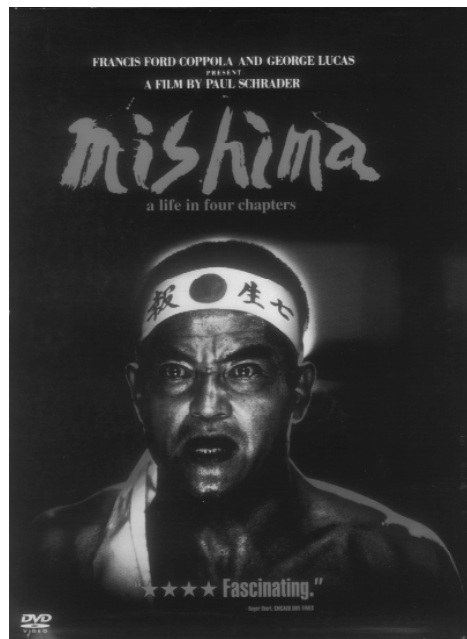
25 de noviembre de 1970: Yukio Mishima se suicida en la prefectura de Tokio practicando el seppuku, forma tradicional de suicidio entre los samurais del Japón tradicional.

El narrador de *La caza del carnero salvaje*, la novela de Haruki Murakami, dice en la página trece:

Aún recuerdo con suma claridad aquella tarde fatídica del 25 de noviembre de 1970, el día en que Yukio Mishima se suicidó... A partir de las dos de la tarde, en el televisor aparecieron sin cesar imágenes del escritor.

Es sólo un ejemplo, entre muchos, para mostrar que aquel suceso conmovió a Japón, no sólo por la manera ritual en que Mishima lo llevó a cabo sino porque era uno de los escritores insignias del momento. Su muerte tuvo un gran impacto dando lugar a que los medios cubrieran el acontecimiento desde diversos enfoques e interpretaciones. La tendencia conservadora, derechista, prácticamente fascista de Mishima, venía manifestándose a partir de la segunda mitad de la década de los sesenta, de ahí que el periodismo destacara el hecho como una muestra de sus posiciones políticas, relegándose a un segundo plano el significado y valor de su literatura. Sin embargo, su maestro, Yasunari Kawabata, quien había recibido el Nobel de literatura dos años antes, dijo al recibir el galardón:

No comprendo cómo me han dado a mí el premio existiendo Mishima. Un genio literario como el suyo lo produce la humanidad sólo cada dos o tres siglos. Tiene un don casi milagroso para las palabras.



Para muchos, Yukio Mishima era un agitador social, para otros el maestro que introdujo la modernidad a la literatura japonesa; otros dicen que la decepción de no haber sido premiado con el Nobel lo condujo al suicidio, hay quien sugiere que lo hizo para poner ejemplo a un Japón que se perdía en los meandros de la superficialidad, algún otro lo adjudica a que no podía lidiar con su homosexualidad. El profesor Tasaki Inoue asegura que la cuestión más importante para Mishima era cómo solucionar el vacío que sentía interiormente.

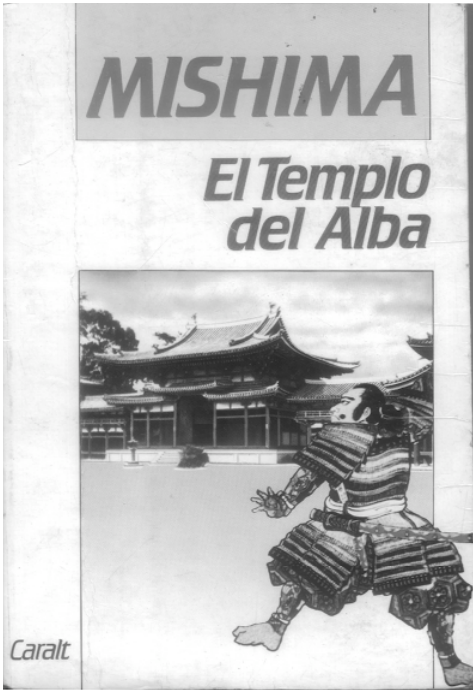
Se sabía marginado de su propia vida, lo que originaba un profundo vacío en su espíritu. Para superar ese estado se dedicaba a la literatura y escribía obras de teatro. Sin embargo, nunca pudo superar por completo este vacío a través de la actividad literaria, y para alcanzar la total satisfacción a la que aspiraba tuvo que llegar a donde lle-

gó... La muerte era una necesidad para él y quiero enfatizar que no se suicidó porque se encontrase deprimido y con el espíritu destrozado. Optó por la forma tradicional de suicidio porque quiso decir algo a la gente con su propia muerte. Su muerte tuvo dos sentidos: superar su nihilismo y dejar un mensaje a la sociedad.

Yukio Mishima fue un escritor obsesionado desde la niñez por el espíritu del *samurai* y, más tarde, por la muerte. En su arte y acción cultivó una estética moderna pero su modernidad no hacía otra cosa que sugerir el mito antiguo. Descendía de una familia *samurai* de abolengo, sentía su herencia como algo vivo. Lo confiesa a lo largo de su obra y en su vida. ¿Qué significaba ser un *samurai* para Mishima en pleno siglo XX? Nunca contestó directamente a esta pregunta pero podemos suponer que no se conformaría con aludir a un ideal figurado, con un suspiro de lo que fuimos, o un recuerdo romántico de la vida antigua. No, Mishima quería que un *samurai* contemporáneo tuviera la máxima autenticidad que tuvo en el pasado, la misma autenticidad que él quiso imprimir a todo lo que emprendió. Era un *samurai* que escribía y no pretendía que la literatura estuviera solamente bien trabajada sino que sus escritos y adaptaciones del tradicional teatro *Noh* formaran surcos en los que cupiera su imaginación tanto como su voluntad. Mishima se veía a sí mismo como el hombre en el que su obra no es sino el apéndice de su acción. De hecho, para el escritor, para el *samurai* que quería encarnar, lo único que de verdad contaba era la acción. Lo demostró la mañana invernal en que se dio muerte.

Nació en Tokio en 1925 y estudió en la universidad de su ciudad natal, por la que

se graduó en Derecho en 1947. En 1944 publicó su primer libro, un volumen de cuentos, poco antes de ser convocado por el ejército para una misión suicida en la que finalmente no se le admitió. Al terminar sus estudios entró en la administración pública pero pronto abandonó su carrera de funcionario para dedicarse profesionalmente a las letras. Hacia 1968, ansioso de llevar a la acción su esteticismo nihilista y su exigencia de retorno al *Japón original*, crea su Sociedad del Escudo. “Un experimento de pureza”, la llamaba. Esta asociación era bastante más que una agrupación de extrema derecha. Concebida como el escudo que debía proteger al Japón, y especialmente al Emperador, de la embestida de todo lo burgués, consumista y antitradicional que tiene lo occidental, se le podía asemejar a una orden mística y combatiente. Sus miembros tenían una composición social interclasista, y quienes entraban en ella dejaban de pertenecer al mundo y dedicaban todo su tiempo a la práctica de las artes marciales y a dialogar con Mishima. Se sabe que la primera actuación del *Tate no kai* iba a ser también la última: Mishima pensó en quemar a su medio centenar de hombres luchando cuerpo a cuerpo contra los estudiantes del movimiento estudiantil de ultra izquierda japoneses. Dicho enfrentamiento supondría la muerte de todos ellos y obligaría a los militares a actuar, restableciendo el código del honor japonés y aboliendo las costumbres occidentales. No resulta casual que todo esto hubiera sido pensado después de que Kawabata ganara el Nobel. Pero al producirse en 1969 una de las más gigantescas y violentas manifestaciones izquierdistas, y ser disuelta por los antidisturbios sin producirse ni una sola víctima, comprendieron que tal proyecto dejaba de tener interés. Entonces, aquel fatal 25 de noviembre de 1970, Yukio Mishima y otros miembros de su grupo se levantaron muy tem-



prano. Habían preparado un nuevo rito que sería visto por televisión en todo el Japón: tomaron un cuartel del ejército, obligaron a la tropa a reunirse en el patio y un grupo se reunió en la azotea desde la que Mishima dio un discurso que terminó cuando se dio un tajo en el bajo vientre (*seppuku*) y un compañero completó el rito decapitándolo (*kaishaku*). Lo que en occidente se denomina, de forma incorrecta como *harakiri*, en Japón todavía se sigue diciendo *seppuku*. El resto, la pérdida final de la cabeza, fue la culminación del espectáculo en que decidió dar por terminada su vida.

Entre la pluma y la espada Mishima eligió, luego de escribir doscientos libros, la espada. Desdeñó así, según escribió Henry Miller en su ensayo *La muerte de Mishima*, la “enseñanza de la escritura”. Hay una anécdota que, cierta o no, debería considerarse a la hora de juzgar los motivos de su suicidio: cuando Mishima y su guardia se dirigían en coche al cuartel del ejército, el escritor improvisó la música que sonaría si aquello fuese



una escena de una película de gánsters. Mishima hace espectáculo de sí mismo. Pudiera parecer todo lo contrario de un espíritu tradicional, que cultiva el secreto y se encubre en el misterio no saliendo, no exhibiéndose. Pero hay que actuar, el espíritu tradicional tiene que salir, no esconderse, allí donde la escena es la reina de la existencia. Para Yukio Mishima encarnar su condición de *samurai* implicaba con absoluta claridad la asunción de la muerte en términos teatrales. Que todos lo vieran, que aprendieran de su magistral actuación. Si morir era la expresión de un sacrificio ritual debería llevarse a cabo en un escenario. En su discurso dijo: “He decidido sacrificarme por las viejas y hermosas tradiciones del Japón, que desaparecen velozmente, día a día”. Morir sin objeto alguno, morir por nada, sabiendo que su muerte bien podía ser sin objeto, estaba fuera de su mente. Morir en solitario era una obscenidad. Nunca lo ocultó: su profesión era la muerte y por eso se suicidó como lo hizo: auto imponiéndose el *seppuku* 卍

De hecho, para el escritor, para el *samurai* que quería encarnar, lo único que de verdad contaba era la acción. Lo demostró la mañana invernal en que se dio muerte.